



IRIS

NUM. 94

BARCELONA, 23 FEBRERO 1901

25 CENTS.



MARGARITA

El baile de la marquesa del Valle estaba resplandeciente de luz y de vida, superando a cuantas esperanzas habían concebido los más estrechos. El Madrid elegante se hallaba congregado en aquellos vastos salones que llenaba por completo avidez de gozar de tan hermosa fiesta cuya fama iba en aumento de año en año.

En un gabinete apartado, lejos de miradas y oídos indiscretos, hallábase sentados frente a frente un joven apuesto, de finos modales, irreprochablemente vestido, el visconde de la Peña y una lindísima mascarita, alta, cabellera, de esculturales formas realzadas con el blanco y alusado vestido de la Margarita del Fausto. La conversación debía haber sido muy animada e interesante y apasionado por parte del visconde cuyo rostro frío y en la boca el reflejo de un esbozo de sonrisa.

La mascarita, en cambio, tranquila y serena, parecía domar la situación pues bajo su antifaz velase su boca disimulada, entreabierta y sonriente, mientras en sus ojos brillaba una mirada de riesgo.

—Conveniamos visconde,—exclamó la mascarita siempre sonriendo y mirándole fijamente,—en tu conducta no es muy correcta que...
—¿Cómo?

—Te quitabas máscara,—objetó el visconde,—mi conducta es la misma que han seguido y siguen otros muchos. Estoy casi arruinado y buelvo una mujer rica: eso es todo.

—No es cierto.

—¿Cómo?

—Como que hay mucho más. Tú no conoces a la niña que pretendes y a la que no podrías querer nunca porque quieres a una mujer casada.

—¿A quién?

—Entiendo esto en cuenta es seguro que harás infelices a esa pobre niña, quien a su vez y dicho sea en secreto, ama a otro.

—¿A quién?

—¿Y no te da cuidado?

—Ninguno.

—Veo que tienes demasiada confianza...

—No más de lo que debo. Ella se casará conmigo por que lo quiero su tía la marquesa del Valle; y después...

—¿A quién?

—Yo me encargo de que se olvide de ese temillito a quien ama con amor de niña.

—¿Si ese amor fuera más grande lo que tú crees?

—Entonces lo ocultará en su corazón por que si llega a demostrarlo lo mataré yo para siempre.

En los ojos de la mascarita fulguró una mirada terrible: contrajo su boca manteniendo la sonrisa que palpitaba en sus labios y púsose en pie como movida por un resorte.

—¿Te vas?—preguntó el visconde sin moverse de su asiento.

—Sí, pero antes quiero darte un buen consejo.

—¿Cuál?

—Que no pretendas casarte con Margarita Fernández, y que esperes a que envíe la ófite.

Y sin esperar respuesta salió del gabinete con paso tranquilo.

—Pero oye,—gritó el visconde,—¿Quién eres tú para darme ese consejo?

La mascarita volvióse desde la puerta, y sonriendo burlonamente:

—No tardarás en saberlo,—dijo y desapareció a la vista del visconde.

—Vaya su consejo,—exclamó éste, y reclinando la cabeza u el respaldo de la butaca cerró los ojos mormurando:

—Esa mascarita me ha hecho hablar demasiado... y luego esa risa burlona de última hora... ¿Quién será?

Cuando el visconde abrió los ojos pasado algún tiempo, vio frente a sí a un criado que le entregó una carta y se retiró silenciosamente.

No sin extrañeza, abrióla el visconde y leyó:

«La Margarita del Fausto y Margarita Fernández son una misma persona. Ahora pídelas si te atreves a su tía la marquesa.»

El visconde púsose en pie de un salto, contéstale con los ojos crispados sus labios y estrujando el papel entre sus manos, murmuró con reconcentrado acento lleno de rabia y de despecho.

—¿Y esto no es una broma de carnaval habrá de contarse que soy un estúpido. Pero no,—ahadé serenándose,—esa niña no puede haber venido aquí sin saberlo su tía, en cuyo caso lo hubiera sabido yo... A no ser que queriendo demostrar sus planes.

La duda se apoderó de nuevo de su ánimo y pensando haber perdido una dote que tan segura creyera, pensando que una muchacha sin experiencia se había burlado de él, se lanzó fuera de la estancia y corrió medio loco al salón de baile en cuya puerta se detuvo, asombrado, mudo sin aliento.

En medio de la vasta sala, recibiendo de lleno las efebíes luces de la corada lámpara, distinguió a la marquesa abrazada a la Margarita del Fausto cuyo antifaz velase sobre la clara alfombra.

Y junto a ellas, alegre y risueño, a un joven alto y simpático vestido con el uniforme de teniente de artillería.

—No es una broma por mí desgracia,—balbuceó el visconde y palido como la cera abandonó el salón creyendo ver siempre ante sus ojos la burlona sonrisa de la Margarita del Fausto.

PEQUEÑO BONET ALCANTARILLA

(Dibujos de Gascón)





SINFONIA DE INVIERNO

—Yo soy *La Nieve*.

El gran pintor de la Naturaleza, el Tiempo, con su genio caprichoso y mudable, gusta de variar el lienzo, el escenario, donde ejercitar sus pinceles.

Después de cubrir en agosto con el oro de los trigos el campo, suele extender en diciembre, sobre la tierra, el blanco sudario de la nieve.

La nieve es hermosa. Y todavía sería yo más bella sino fuera tan fría. Pero, símbolo de la pureza, ofrezco además el carácter del mármol.

Soy impasible y dura.

—Yo soy *La Lotería*.

El sorteo por excelencia es el de Nochebuena. La ilusión que los millones del premio gordo despierta en todos los cerebros ambiciosos, conforta en algún modo la aspereza del invierno.

Yo soy un sueño dorado que está arrullando al pobre durante un año. Por eso vengo á ser, de este modo, algo así como una justicia que se espera.

¿Habéis sido desafortunados en vuestras empresas? Aun os queda un número maravilloso. ¡El de la suerte! Luego, para las crucesas invernales, se necesita mucho dinero.

Y nunca mejor puede ir á vuestras manos.

—Yo soy *La Viruela*.

Soy un azote que deja otoño, después de las fiebres estivales, para los tristes días de la época del frío.

La enfermedad que me representa tiene no poco

de vengadora. Lo confieso. Han acertado los pintores al imaginarme en la forma de una mujer fea.

Porque mi mano, mi terrible mano, armada de garras que imprimen su huella destructora en infinidad de hoyuelos, pareco ensañarse en los rostros más lindos.

Me pintan también como envidiosa. Lo soy, en efecto. Me cebo principalmente en las rosaceas mejillas de las beldades y en las tiernas caritas de los niños.

¿Quién no me detesta? ¡Cuánta hermosura no he desbaratado en este mundo! Mas sigo inflexible la misión del mal para que fui criada, á pesar de mi salvadora enemiga, la vacuna.

—Yo soy *La Buardilla*.

Si queréis pintar un cuadro que reproduzca mi imagen, derramad sobre mí todos los colores más negros. Si quereis formar una sinfonía que traduzca fielmente mis miserias, verted en torno mío las notas más lamentables.

Soy el lugar donde se llora. Soy el refugio de todos los naufragos de la vida.

Asilo elevado por cima de las habitaciones donde se desarrolla la existencia gozosa, estoy muy

cercana al cielo, para que la pobreza que en mí se alberga, al perecer, tengan sus almas que recorrer poco camino.

En mi interior se retuerce la desesperación. Podré ser taller del genio, como el pesebre fué la cuna de Cristo. Pero siempre soy mansión de tristeza. Envían hasta mí las sociedades sus restos. ¡Espuma turbia que flota un momento, antes de desaparecer en los abismos!

Aunque existo durante todo el año, sin embargo, en invierno es cuando aparezo con aspecto terrible.

En mí residen el lecho sin mantas, el hogar sin lumbre, la ventana sin vidrios, la noche sin luz, la boca sin pan, el cuerpo sin ropas.

Venid, venid á mi, en invierno, los poderosos de la tierra. Con el espectáculo que presenciéis, aprenderán vuestros ojos á llorar, si vuestro corazón ha dado la piedad al olvido.

—Yo soy *La Estufa*.

Delante de mí, el cuerpo siente las dulzuras del bienestar, del progreso, del lujo.

Es inútil que el vendabal fustigue los cristales del balcón, pugnando por penetrar en el abrigado recinto.

Yo, hornillo de hierro luciente, columna de calefacción, protejo á mi dueño contra el ejército

del frío. Colocad á mi lado una butaca. Sentad en la butaca una mujer hermosa. Poned en sus manos un libro. Tendréis una escena de vida moderna, de vida civilizada, de vida exquisita.

¿Quién puede comprenderme divorciada del libro?

Soy discreta, silenciosa. Convido, pues, á la lectura. Soy una compañera excelente para las noches de invierno... cuando no hay otra compañera.



(Dibujos de A. Morrió)

JOSÉ DE SILES

MOVIMIENTO ARTÍSTICO



PLEIN AIR, cuadro por Ramón Casas

No solamente es tenido Ramón Casas por un grande artista en su país (cosa rara), sino que goza aun de mayor aprecio, si cabe, en París mismo. La cosa se explica porque Casas es, como algunos contados seres, un *monstruo de la naturaleza*; dibuja, pinta, y compone como cantan los pájaros, y si estudia siempre es por hacer como los demás, pero no porque lo necesite. Coger el lápiz y al cabo de cinco minutos dejar sobre el papel una obra admirable es cosa que hace Casas algunas veces al día, como la cosa más natural del mundo.

En la reciente exposición de la Sociedad Internacional de Artistas, celebrada en París, á la cual solo concurren los más ilustres pintores de cada país, Ramón Casas fué el que más efecto produjo con sus geniales dibujos, acuarelas, y lienzos, no sabiendo la crítica como expresar su entusiasmo ante aquellas obras tan personales, tan desesperadamente *reusées* y tan espontáneamente producidas. Alguien ha comparado á Casas con Rafael, y no tiene nada de hiperbólica la comparación; como el pintor de Urbino, no sabe Casas lo que es el esfuerzo laborioso; sus ojos y sus manos son como una misma cosa, y se diría que tiene el privilegio de pintar con los primeros; de ahí una fidelidad pasmosa entre el original y lo transcrito, pero no á la manera de una fotografía, sino viviente y entero. No hay más que ver los retratos al carbón que ha hecho de centenares de conocidas personalidades y se reconoce rá que Casas se apodera del modelo en cuerpo y alma.

Aparte de esto, es un colorista de primera fuerza, pero sobre todo un mago en punto á las luces y á los efectos del ambiente. Nadie como él reproduce las gradaciones que determina en la visión el *plein air*, y nadie, tampoco, para seguir los caprichosos efectos de un rayo de sol ó para mezclar los tonos blancos, ó para armonizar los colores más antitéticos gracias á sus sabias medias tintas y al poder de su claro-oscuro.

Otra particularidad de Casas es que, sin haber hecho jamás cosa alguna que dejase de ser bella, *adelanta*, y lo hace, no digamos que mejor, pero de diferente manera, todo ello sin imitar á nadie, sin recordar á nadie, siempre personal y con carácter propio.



EL HEROE DE LA FIESTA

D. NICOLÁS SALMERÓN

El importantísimo triunfo alcanzado por el insigne juriconsulto D. Nicolás Salmerón al defender ante el Tribunal Supremo la causa



D. NICOLÁS SALMERÓN (Fot. Yda. de Amagra)

de la humanidad con ocasión del lamentable asunto de la señorita Ubao no debe sorprender á los que conocen las extraordinarias dotes de entendimiento y elocuencia que caracterizan al honrado y respetable ex-Presidente de la República y eminente catedrático de Metafísica de la Universidad Central; no porque sea Salmerón de esos que nunca pierden ningún pleito, antes al contrario, ha perdido varios, y algunos de ellos de inmensa trascendencia nacional, sino porque se trataba de una cuestión que, sin tratar de disminuir los méritos de nadie, era imposible que hubiese quien pudiera dominarla y sentirla mejor que él.

Con este motivo ha reverdecido no la admiración hacia el ilustre repúblico, pues esa no le ha faltado nunca por parte de cuantos reconocen el mérito allí donde se halla, sino su popularidad, como lo demostró la oración de que hubo de ser objeto al salir del Tribunal Supremo después de la vista, cuando millares de personas entre letrados, obreros, estudiantes y *gollos* (lo que no había eran cabos) le acompañaron hasta su casa en medio de incesantes vivas y aclamaciones de entusiasmo.

Todo eso, y más, se merecía el Sr. Salmerón, que por su vastísimo talento, su modestia, la austeridad de sus costumbres, la nobleza de su ánimo y su inquebrantable consecuencia representa como una protesta viviente contra los saltimbanquis, tarambanas, vilidos

Y ahora, á decir verdad, más completo hubiera sido el brillante éxito alcanzado por Salmerón al defender á una madre contra un capador á no haber tenido la desventurada idea, poco después de su admirable oración ante el Supremo, de presentarse en un círculo político y sostener que cada uno puede asociarse como quiera, (y de ahí que sencilla y respetable la fratería) de cuya declaración faltó tiempo para sacar raja al ministro Ugarte.

Esas cosas son por una especie de fatalidad, peculiares al Sr. Salmerón, autor de cierta frase célebre á propósito de la sublevación de Vilacampa y Casero y no menos famosa por la declaración de *piratas* lanzada contra los cantonales de Cartagena. La verdad es que parece imposible que unos hombres de tanto talento salgan á veces con los más disparatados despropósitos, como si en este desventurado país nuestro estuviésemos eternamente condenados á carecer de verdaderos políticos. Salmerón es elocuencísimo, consecuente, modelo de probidad, pero en materia de sentido práctico, *caré*.



SALMERÓN EN SU CASA (Fot. de Olmsted)

LA RECEPCION REGIA EN EL AYUNTAMIENTO



LA MARQUESA DE ESQUILACHE Y VARIAS DAMAS DE LA CORTE

La noche del domingo 10 de febrero se dignaron SS. MM. y AA. honrar con su presencia los salones de la casa de la Villa. La fiesta fué brillante. El número de invitaciones debió de ser crecidísimo, porque a las diez de la noche no se podía dar un paso por los salones, atestados materialmente de concurrentes.

El patio superior de cristales se hallaba convertido en una serre con macizos de flores. En el salón de sesiones, la tribuna de la Prensa había sido convertida en escenario. En éste ejecutó varios números de música la Sociedad de Conciertos de Madrid, que dirige, como es sabido, el maestro Jerónimo

Jiménez. Los artistas del Teatro Real señora Teazzini y Sres. Marconi y Blanchar, cantaron distintos trozos de ópera. La familia real se presentó a las diez de la noche. Inmediatamente tomó asiento en el salón

donde se celebraba el concierto. S. M. la Reina ocupó el sillón del centro, teniendo a su derecha al conde de Caserta, infanta María Teresa, infanta Eulalia y el archiduque Federico. A la izquierda tomaron asiento la princesa de Asturias, el infante D. Carlos, la infanta Isabel y el duque de Calat



EL PATIO DEL AYUNTAMIENTO (Instantáneas de Esquivel)

bría. A la una comenzó a abandonar la gente el edificio entregándose al baile los demás.

D. BENITO PEREZ GALDOS

No puede quejarse de su suerte el primero de nuestros escritores. Después de triunfar en la novela y el teatro, de allegar una fortuna con sus obras y de ser el ídolo de millares de admiradores ha tenido



D. BENITO PÉREZ GALDÓS

ahora la *chiripa* de que le prohibieran su última comedia, la famosa *Electra*, que promete dejar tamañita á la de *Sófocles*. No todos pueden aspirar á tan señalado triunfo; no le prohibirán ¡vive Dios! al Sr. Rovira Serra su *bufolera* y chapicera *Gent de vidre*, ni tendrá que pasar ningún mal rato D. Mariano Catalina, si á algún empresario se le ocurre intentar la *reprise* de *Tomás Antello*.

Decir nada nuevo acerca del Sr. Pérez Galdós es imposible, pues todo el mundo está enterado de su vida y milagros; vida que no tiene absolutamente nada de particular y milagros que se reducen á la intensísima fruición que producen todas y cada una de sus obras.

Con todo, y aunque sea incurrir en repeticiones, recordaremos que Galdós supera á Balzac en *fuerza creadora*, iguala á Dickens en sensibilidad y humorismo y no tiene quien se le pueda comparar en valor para atacar lo más formidable y poderoso.

Con eso una modestia excepcional y una laboriosidad como pocas; ningún engreimiento, ningún énfasis, un santo horror

á las exhibiciones y un pecho de héroe. Más ha hecho Galdós con *Gloria*, *Dona Perfecta*, *Leon Roch* y *Electra* en pró de la civilización española que todos los «propagandistas juntos, y en *El Amigo Manso*, *La de Bringas* y los últimos *Episodios Nacionales* ha dicho en cortos incisos, en breves líneas, todo lo que hay que decir respecto á ciertas cosas. ¡Admirable temperamento, admirable «literato», admirable «educador»!

Uno de los más grandes servicios prestados por Galdós á España han sido sus *Episodios Nacionales* en los cuales ha dado á conocer nuestra historia contemporánea con mayor verdad y provecho que los historiadores propiamente dichos, y no se crea que el autor se haya sacado nada de la cabeza, pues todo lo que dice,—aunque él se guarda bien do que ni llegue siquiera á transparentarse,—es fruto de concienzudas investigaciones y de no escasas vigillas, ó á lo menos así habrá de parecerles á los que saben como se hacen y lo que cuestan esas *novelas históricas*, que no son las de Fernández y González ó de Dumas, sino las de Flaubert y Ernesto Daudet.

Galdós lo hace todo á conciencia, y cuando quiere tratar de una cosa no perdona medio de saberla bien. Por ejemplo cuando escribió *Los Condenados* recogió innumerables y prolijos datos de lo referente al valle de Aran, é igual hace, si habla de conventos, del interior del Observatorio ó del Palacio Real, de la Catedral de Toledo etc.



GALDÓS EN SU DESPACHO

(Fot. de Cifuentes)



EL ENTIERRO DE CAMPOAMOR

Hemos perdido á uno de nuestros poquísimos grandes hombres, siendo lo más triste que se trata de una pérdida absolutamente irreparable. Murieron Espronceda y Zorrilla, y si no han vuelto á salir otros quedan por lo menos varios estimables *«pítyones»* suyos, pero con Campoamor no puede ocurrir eso; su arte era tan personal que no es posible que baya otro que pueda intentar continuarlo. Es decir, hay una verdadera legión de *campoamorianos*, pero que se parecen al original como Azcárraga á Napoleón I.

Campoamor, aparte de esto, no era un poeta nacional como Zorrilla, sino un poeta universal, y así sus *Doloras*, *Pequeños poemas* y *Humoradas* vivirán lo que vivan los

hombres y producirán la misma impresión aquí que en Rusia. Muy fácil es que, el mejor día, aparezca algún libro alemán con el título de *El Campoamorismo*, en el que se resume y critique la filosofía contenida en aquellos versos, y que con el tiempo se constituya toda una *literatura campoamoriana*, como se ha constituido una literatura sobre Goethe, sobre Balzac, sobre el Dante, sobre Beethoven, etc.

Puede que algún curioso rebuscador se de á recoger sus cartas, indague sus amores y *flirts*, de la clave, ó procura darla, de tal ó cual poesía y se devane los sesos para resolver el problema de la filiación poética de Campoamor, que es uno de los enigmas más difíciles de descifrar que se pueden proponer á la sagacidad de un crítico. Y no será extraño que, al fin y á la postre, tenga que reconocer que Campoamor no procede de nadie, sino que es *único* en su especie, á la manera de Goya.

Aparte de esto, es tan interesante la biografía de Campoamor que se necesitaría un voluminoso libro para tratar del asunto; pues pocos hombres habrá habido tan dignos de estudio. Á pesar de no ser ni un gran capitán, ni un gran viajero, ni siquiera un

gran político. En cuanto á la biografía *exotérica* de Campoamor se reduce á lo siguiente:

Nació en Navia (Asturias) el 24 de septiembre de 1817, de familia hidalga y acomodada; pasó á Madrid á cursar la carrera de medicina, pero hubo de dejarla á causa de haber sido víctima de una injusticia en los exámenes, y se lanzó al campo de las letras, siendo amigo de Espronceda y ornamento del famoso *Licco* establecido en el palacio de Villahermosa.

Afiliado al partido moderado, desempeñó varios cargos importantes, como secretario de gobierno y gobernador civil, en los cuales dió pruebas de gran capacidad, acrisolada honradez y valor cívico, y al advenimiento de la Unión Liberal fundó el periódico *El Estado*, del cual eran redactores entre otros el famoso D. Severo Catalina y don Carlos Frontaura, este último en calidad de *gacetillero*, como se llamaban modestamente entonces los modernos redactores de la *crónica local*. Á pesar de la oposición que hacía al gabinete O'Donnell acabó por afiliarse al partido acaudillado por éste, y prestó importantes servicios como diputado á Cortes; tal fué, por ejemplo, la brava defensa de D. Augusto Illoa, ministro *paisano* de Marina, en ocasión en que todos los generales del ramo presentaban sus dimisiones en masa, consiguiendo hacer caer á O'Donnell. Después fué diputa-



EL CADÁVER EN LA CÁPULA ARDIENTE

do ministerial bajo la situación Miraflores, pero se retiró de la política para dedicarse tan solo á las letras hasta que Romero Robledo le hizo diputado y director general de Beneficencia. Campoamor deja algunos libros de filosofía en prosa, pero que nadie lee ni leerá, mientras todo el mundo se sabe de coro su filosofía en verso.

Alguien ha propuesto ya la creación de una estatua al gran poeta, y creemos que la idea será acogida con entusiasmo, pues no se trata de ninguna gloria oficial, sino de un genio universalmente querido, así en España como fuera de ella.

Las hijas de las madres que amé tanto
Melthesin ya como si fuera á un santo



SUBIDA AL COFRE, DE LA CAJA DESDE EL MINO FERRO

La vida del ilustre poeta que acabamos de perder, resulta en suma, envidiable pues pudo explicar todas sus facultades sin tener que luchar con los terribles inconvenientes que se oponen á su libre expansión. Nació en buena cuna, sonrióle la suerte; por su carácter se granjeó amigos á granel; por su bondad y su riqueza pudo

enjuagar muchas lágrimas; no tuvo que luchar por la existencia, como tantos otros; amó



EL AYUNTAMIENTO

También se ha dicho que el lugar más á propósito para el emplazamiento de la estatua sería el Retiro.

Y creemos que en efecto, en ninguna parte estaría mejor, por ser aquel sitio el predilecto de Campoamor, en el cual tantas veces acudió la inspiración á su mente. Sentado en un banco del Retiro, y con ocasión de habérsela acercado unas niñas á besarle escribió con lápiz, sobre

el puño de la camisa (por cierto que hubo un tiempo en que Campoamor se jactaba de mudársela siete veces al día), la famosa humorada:



MUJERES DEL AYUNTAMIENTO

una vez y dos inmensamente
y tres y acaso más,

y fué amado. Pateó todos los placeres, no como un Byron, sino como un Horacio, y después de una larga y gloriosa vida pudo pasar su vejez entregado á una dulce filosofía, compendiada en la frase de Salomón *Vanitas vanitatum...* Y en efecto, mucho tuvo Campoamor

del autor del *Eclesiastes* y de *Los Proverbios*, sin excluir siquiera las reinas de Sabá; sino por la estirpe, soberanas por la discreción y la hermosura.



EL COFRE EN MARCHA (Por Rallete)

CARNAVALESICAS

(IMPRESIONES RECOGIDAS EL DOMINGO DE CARNAVAL)



ESDE las prime-
ras horas de
la mañana, las
calles inunda-
das de radian-
te y esplendi-
do sol pre-en-
taban anima-
do y alegre
aspecto. Mul-
titud de com-
parsas edifican-
tes distraían
los entousaban

picarecos tangos acompañados por el rasgueo de guitarras y bandurrias, y las estudiantinas recogían entre ingeniosos y atrevidos pirofos buena cantidad de dinero para socorrer á los necesitados.

Algunos chiquillos con disfraces harapientos y sucios, que gritaban y corrían de un lado para otro arrojando *confetti* de fabricación casera completaban aquel cuadro lleno de luz, de vida y de color.

En las casas era grande la animación y se notaba la fiebre de divertirse.

El vestido de tarde para asistir á la batalla de flores, la monumental bolsa para los *confetti* y las serpentinas, el traje de baile, el sombrero, el antifaz, el abanico, los guantes, los zapatos, que se yo.

La gente pobre también preparaba sus trapitos para lucirlos en los paseos entre pisotones y aperturas. En la casa donde habían niños la confusión era terrible, riñas, lloros, azotes, y después constipados y pulmonías como epílogo obligado.

Mi patrona, fiera de sesenta marcos, disfrazó á su nieto, incienque criatura de seis años, de don Juan Tenorio y obligó á la criada á vestirse de D.^a Inés de Ulloa, para que hiciera *pendón* como decía la muy bestia. El tal disfráz fué cosa de que se suprimiera el principio á merdodía, y de que se les olvidara la carne y el chorizo en el puchero.

Gracias á unos buenos amigos que alquilaban trajes de máscaras en el cuarto bajo de mi casa no me quedé sin comer, como era el ánimo seguramente de la abuela de D. Juan Tenorio.

Por cierto que casi me vuelvo loco en casa de mis amigos; ¡que modo de entrar gente, que trajín, que ho! Allí va la nuestra.

—Muy buenas tardes,—dice uno entrando.—¿Tiene usted algún animal en la casa?

—Hombre creo que no por qué ¿mi señora no será?

—Digo para disfrazarme.

—Ah, sí, señor. Tengo el perro que estrené la

Gran-vía.

—¿De qué color es?

—Blanco, de aguas, preciosos.

—Yo lo quiero con manchas.

—También las tiene. Mire usted estas es de aceite.

—No sea usted guason. ¿Y qué cuesta el perro?

—Un duro y la señal.

—¿Qué señal?

—La que tiene usted que dejar.

—Bueno. Pues yo doy seis pesetas con señal y todo.

—Es poco. La lana del cuello las vale.

—No doy más.

—Ocho ¿le conviene?

—Siete, y me lo llevo sin bozal.

—Bueno.

—Allí va. ¿Tiene usted un perro chico?

—No, señor: son monedas de á diez céntimos.

—Si digo un perro chico para disfrazar á un

sobrinillo mío.

—No, no me quedan más.

—Pues adíos.

—Adíos, y que le conste que hoy no sale ningún animal como usted.

—Muchas gracias, es favor.

—¡Ah! Qué no mueva usted mucho el rabo que está algo flojo.

—Descuide.

(*Se va este perro y entra una mamá y una niña*).

—Muy buenas, ven niña. ¿El ducho del establecimiento?

—¡Servidor!

—Pues verá usted, (*huma y dos ó tres suspiros ahogados y hondos*). Mi niña...

—¡Servidora!

—Tiene un novio; pero, asómbrese usted, no es feliz.

(*La niña suspirando*). —¡Ay, no!

—Hemos sabido que Adolfo, Adolfo es el novio, ¿sabe usted?

—Sí, señora...

(*Entran en el establecimiento un carbonero y un mozo de cuerda*).

—¿Güenas ¿quién despacha?

—¡Yo! Con permiso. (*A la mamá y á la niña*).

¿Qué deseaban ustedes?

—Dos trajes uno para cada uno.

—Naturalmente. ¿De qué?

—El mío de moro de los dátiles, y el de éste de dátil.

—De dátil no tenemos, pero de moro los hay preciosos.

—Pues sino hay dátil no hacemos ná, porque un moro sin dátil es como un braseiro sin cisco, ¿verdad tú?

—Natural.

—Tengo un moro que lo estrenó el gran Calvo.

—No lo quiero, no sea que se me pegue la calvicie. Vaya un tío. ¡Abur!

—Pero...

—Adiós *meudigo*, y que encuentre usted el dátil.
¡Já, já! (*Váanse*).

La mamá.—¡Qué gente más socz! Pues verá usted. Adolfo va esta noche al baile del Real, y es lo que la niña ha pensado; nos presentamos nosotras en baile sin avisar, como en las novelas, le damos broma, nos convida a cenar y luego...

—Ya, luego... (*sonríendose*).

—Le damos el primer disgusto.

—Buena, pero yo...

—Usted nos vá á proporcionar los disfraces; una aldeana Luis XV para la niña.

—Señora Luis XV no vestía aldeana, le daré una María Antonieta que, ¡bay que verla!

—Es igual; y para mí una matrona romana de la época de Napoleón, porque á mis años el túnico blanco me dará cierto carácter.

—Oiga, ¿y por qué?

—Por *encubridor*.

—Pero caballero...

—(*Cantando*). Caballero de gracia me llaman... (*Váanse*).

—Buenas, ¿tiene usted bebés de seda?

—¿Y mantones de Manila?

—¿Cuanto quiere usted por ese café?

—Me vende usted esa *caraca*?

—¿Cuál?

—La de Silvela, me la *pusé* usted dar barata porque está *mu estroped*.

—¿Qué me pongo yo aquí, que me están cortos los pantalones?

—¡Anda Dios! *Pus* échale unos zócalos...

Y sigue entrando cada vez más gente, todos gritando, pidiendo y molestando.

Para fin de fiesta, la mamá que ha entrado an-



—Pues pasen ustedes por ahí dentro que mi señora les enseñará lo que tenga.

—Con permiso. (*Váanse*).

—Pasen, que viene gente.

Un chulo y una chula *siguen* alborotando.

—Pero que *mu buenas* pasa Grigoria. (Queremos un vestido de payaso de circo, raso puro, *pá* esta, y un turco *pá* mí).

—Payasos no quedan más que ese, y turcos no tengo ¿si le es igual una turca?

—Esa ya la tomaremos luego.

—Tengo un bandido superior.

—Un bandido, ¿donde?

—En el almacén.

—*Arrea* chica, vamos á dar parte á la autoridad para que meta en el *abanico* á este tio,

tes con su hija, pretende embutirse en un traje de cantinera y se aprieta el corsé de tal manera que revienta el vestido y á ella le da un soponcio. Salgo corriendo á avisar en la casa de socorro y una comparsa me interrumpe el paso, unos chiquillos me llenan de tierra al arrojarle *confetti*, ciego de coraje la emprendo á puntapiés con las *graciosas* criaturas, se me interpone un guardia municipal, muy feo, aunque honrado según he sabido después, le creo una máscara y le atizo una bofetada que me conduce á la Delegación del Distrito donde paso la noche del domingo de Carnaval medio loco y prometiendo formalmente no entrar jamás en donde alquilen trajes de máscara.

RICARDO PLÁ



ESTAR EN VILO

Con «esto» del drama *Electra*, el proceso Ubo, los banquetes literarios y los cables eléctricos, nos «divertimos» soberanamente.

Salimos a emoción por día, cuando no «dán duplex».

Lo peor es que tampoco tenemos hora segura; salo uno de su casa bueno y sano y a los cinco minutos vuelve con la cabeza «partida por gata en dos»; se convierte en chicharro «por mor» de la corriente eléctrica, ó «vrietas» al hogar con dos duros manos y una indignación más, de langostinos y «riplos».

Así no podemos vivir.

Eso de «cebarse» a la calle y verse obligado a gritar, sin saber qué, para llorar el pellejo, es horrible...

—Ayar nature en las Alesas,—me decía don Homobono, muy sofocado,—y la multitud que esperaba la solución del proceso Ubo, empezó a gritar: «¡Abajo la reacción!»; ¡Mueran los Jecuitas! Yo, que nada tenía que ver con aquello, traté de pasar como pude y un caballero me cerró el camino diciéndome:—«¡Porqué no grita usted?»—«¿Yo?—le repliqué—¿Para qué?»—«¡Para defender la libertad!»—«¡Estoy casi afónico!»—«¡No importa, grite usted, ó... Y grite, no se a punto fijo lo qué, pero al momento me sujetó un individuo por el brazo, exclamando:—¡Eche usted, pá alante!».

Y me llevaron a los calabozos del Jaquejo de guardia... ¡por sedicioso!... ¡Ya ve usted! ¡Yo sedicioso, cuando no me meto con nadie!

[Esto no puede continuarse]

El de ciudadano pacífico, fue en otros tiempos título honorable, digno de consideración y estima; hoy es no peligro inminente.

Hay que gritar—no importa qué—pero hay que gritar.

Lo que, en estos casos, resulta «deliciosamente» cómico, son los augurios de la gente política que «está en el secreto» de todas las cosas «y algunas más», y acostumbra beber en buenas fuentes.

—Señales de los tiempos, la atmósfera está muy cargada: un chispazo y estalla la tempestad, formidable, irresistible! Y al día siguiente sabemos que el «chispazo» hirió a varias personas, matando al paso algunas caballerías.

Y la sociedad de teléfonos «echa el muerto», ó los muertos, a la del tranvía y está a aquella, y las autoridades «buenas, gracias!»

—¡Ha visto usted *Electra*!

—No señor; todavía no he podido encontrar localidad; siempre luego tarde.



—Yo la he visto tres veces y aun no me explico el alboroto del público: todo cuanto dice en el drama, lo han escrito los peñolíticos, desde hace muchos años, en todos los tonos, con pelos y señales y nadie se ha sentido indignado, aunque los motivos sobran. Muchos están siendo víctimas, pacientemente, de las innumerables fantomas que por el mundo existen y se han resignado y sufren y concuerdan al Español para desahogar su última impotencia con cuatro voces.

—¡Hombré! ¡Hombré! Bueno es que la opinión reaccione en tal sentido, porque de seguir las cosas como van ¿dónde iremos a parar?

—A ninguna parte; ya verá usted como los enemigos se salen con la suya, a pesar de las voces, que necesitan argumentos de «mas fuerza» para reducirlos.

La verdad es, que eso de lanzarse al arroyo, indefensos para recibir un sahalio ó cuatro palos ó cambio de unas cuantas voces, no es muy prudente «que digamos». Los guardias satisfacen sus instintos a mansalva y los neos se rien de los apaleados, otro peligro, «y no flojo», es el de los banquetes. Donde menos se piensa, salta «un genio» y un cubierto de «dix pesetas». Es el precio reglamentario.

Nosotros, los escritores, somos rumbosos «le suyo» como dice mi patrona y tiramos los duros a pares... como los frailes. Trabajamos mucho por la conquista del oculto, cobramos poco y siempre necesitamos ocho reales para completar dos peticas; pero llega el caso de «admirar» a un compañero y allá van duros aunque «la patria perezca». La costumbre del «banquete» diaria resulta anticuada. En el siglo pasado... lo menos. Es necesario que oigamos «x... invenciones» otra manera de honrar a las eminencias. Eso de exponerse a una indigestión probable y una borrachera segura, no es buen modo de ensalzar el talento. Sobre todo si se leen «puetas» a guisa de solreame. Entonces ¡la melón! Ya ven ustedes si dije bien al comenzar este artículo.

Con «esto» del drama *Electra*, el proceso Ubo, los banquetes literarios y los cables eléctricos... ¡Basta ya o vil!

Sera cosa de encerrarse a piedra y lodo en casa y que nos pluchen «neo»! Porque frente al pueblo indiguno y los guardias de Morera obedeciendo «órdena» superiores, no hay Tancredo que valga. ¡Quilquiera «hipnotiza» a un agente de seguridad armado de punta en blanco! Más fácil es que «entro en razón» ni muera. De unos y otros libro Dios a los lectores y a mí no me olvide amén.

LUIS PALCAZO



Arturo Vadie: IDILIO

No se dirá de ese cuadro que «abí parece nada». Un desnudo, cinco pavos reales, yerbas, y un bosque. *Excusez du peu*. El caso se presta á muchas filosofías, resultando: 1.º, que se trata de un *parque*, y no de un miserable jardín; 2.º, que desde el momento en que en este parque hay cinco pavos reales, debe ser cosa rica; 3.º, que en el hecho de vestir el chico con el mismo traje que nuestro padre Adán, antes de comerse la manzana (y por cierto que se la debió comer sin mondar) resulta claro y evidente que el susodicho arrapiezo debe tener tanta ropa que ha llegado á cobrarle aborrecimiento; 5.º, que en pleno siglo xx (es indiferente leer *veinte* ó *vigésimo*; sin embargo, vale más decir veinte. Aun se me crispan los nervios al recordar que el secretario de mi pueblo decía siempre, cuando yo era concejal, S. M. el rey D. Alfonso Decimosegundo), que en pleno siglo xx, repito, se dan idilios de verdad, como en pleno siglo de Pericles (ó sea el v ante de J. C.)

Ese *Idilio*, en efecto, es puramente griego, por la idea y por la ejecución. Representa el triunfo de la belleza naturalista, expresada por el cuerpo humano y por el cuerpo de los hermosísimos pavos reales, con la vegetación por fondo. Y los pavos reales, con todas sus plumas de esmeralda y oro, sus penachos y su rozagante cola no tienen inconveniente en reconocer la superioridad *estética* del rapaz, en torno del cual se congregan en inequívoco ademán de admiración, quedando terminantemente demostrado que la forma humana es inmensamente superior á todas las demás formas de la creación, á pesar de haberlas tan bellas en número infinito.

Pero hay, además, en ese cuadro, un elemento importantísimo: el bosque y el matorral, que son otro mundo de cosas bellas. Sin el niño ni los pavos reales hubieran sido suficientemente admirables, pero con la animación que les prestan los susodichos *seres*, cambian de carácter, y sin perder su majestuosa significación parece como que revisten un carácter *maternal*. Si parece como que el niño y las aves sean hijos de aquella espléndida y fuerte vegetación, más vieja, muchísimo más vieja que ellos.

JULIO L. CARRIÓN



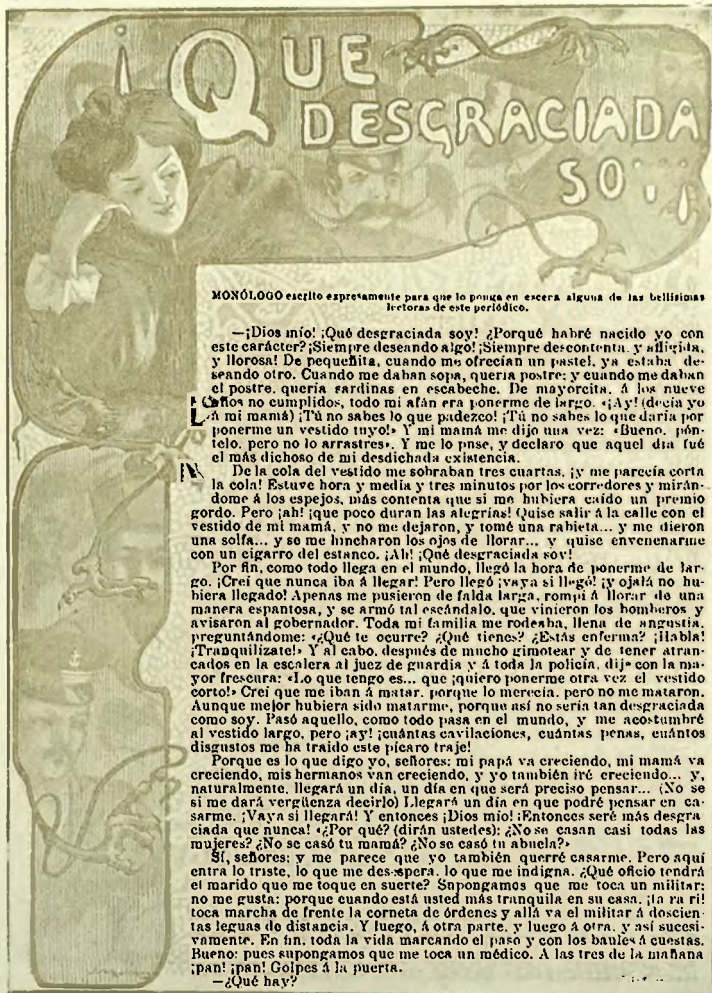
LA CASITA BLANCA

Al pie de la sierra
estaba mi casa,
por cuyos balcones trepaban alegres
las hojas de parrá.
Allí, sin pesares,
en placida calma,
entre rero y arrullo de pájaros
pasé yo mi infancia.
[Con culato delecto
veía yo el alba
por una ventana pequeña que había
enfrente a mi casa]
Y luego, a lo lejos
la voz escuchaba
del pastor, que marchaba, cantando,
detrás de sus cabras.
Después en el huerto,
qué alegre alcanzaba
los pollos de la madre
alegres pichas
y de cuando en cuando
sentía en mi cara
los efusivos de aromas silvestres.
¡Qué paz en mi alma!
Mas tarde, los sonos
de roncás campanas
á los célos llamaban al templo,
yo entonces rezaba
por mi pobre madre,
por aquella santa,
que en el cementerio, rodeada de sauces
yacía enterrada.

Crecí, me hice hombre
y extraña nostalgia
sentí que sin darme yo cuenta
de mí se amparaba.
La vida del pueblo
ya me era pesada
y mi mente placeres extraños
buscaba con ansia.
Cuando el tran corriente,
allá en lontananza
divisaba, entre nubes de humo
cruzar la montaña;
seguía mi vista
su rápida marcha
hasta que, el bando, entre valles y cerros
por fin, se ocultaba.
¡Va á Madrid, la Corte!
[Mi ilusión así:]
me decía y cerraba los ojos
y entonces soñaba.
Ya nada se escuchaba,
renace la calma...

¡desaparecieron las nubes de humo
que echaba la máquina!
¡Qué vida tan buena!
¡Qué alegres jaranas!
¡Una, fuera tras otra y tras otra!
¡Madrid de mi alma!
¡Torrentes de vino!
¡Mujeres amadas!
¡Y testos, conciertos y toros
y bailes de máscaras!
¡Qué triste era el pueblo!
¡Qué triste la casa!
por cuyos balcones trepaban alegres
las hojas de parrá!
¡Qué es esto, Dios mío?
¡Espejo me engaña!
¡En mí cómo hay cerros morados!
¡Mi tez está pálida!
Parezco un cadáver,
las fuerzas me faltan
y esta tos que me ahoga los bronquios
mi pecho desgarró.
Siento sudor frío
que mi frente baña,
y suspiro de apacío y me canso
¡El aire me falta!
Corre maquinista,
vamos, pronto, avanza,
llévame en seguida al pie de la sierra
donde está mi casa.
Ya veo allí enfrente
la casita blanca
por cuyos balcones aun trepan alegres
las hojas de parrá.
Recorro la vida
y aspiro con ansia
los efusivos de aromas silvestres
que par en mi alma!
Y cuando á lo lejos
alzo el tren que avanza
me estremezco, suspiro y al punto
cierro la ventana
porque solo adoro
mi casita blanca
por cuyos balcones se enredan alegres
las hojas de parrá.

EDUARDO MONTESINOS



MONÓLOGO escrito expresamente para que lo ponga en escena alguna de las bellísimas
actrices de este periódico.

—¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! ¿Porqué habré nacido yo con este carácter? ¡Siempre deseando algo! ¡Siempre descontenta, y afligida, y llorosa! De pequeñita, cuando me ofrecían un pastel, ya estaba deseando otro. Cuando me daban sopa, quería postre; y cuando me daban el postre, quería sardinas en escabeche. De mayorcita, á los nueve años no cumplidos, todo mi afán era ponerme de largo. ¡Ay! ¡decía yo á mi mamá! ¡Tú no sabes lo que padezco! ¡Tú no sabes lo que daría por ponerme un vestido tuyo! Y mi mamá me dijo una vez: «Bueno, pón-telo, pero no lo arrastres». Y me lo puse, y declaro que aquel día fué el más dichoso de mi desdichada existencia.

De la cola del vestido me sobraban tres cuartas, ¡y me parecía corta la cola! Estuve hora y media y tres minutos por los corredores y mirándome á los espejos, más contenta que si me hubiera caído un premio gordo. Pero ¡ah! ¡que poco duran las alegrías! Quise salir á la calle con el vestido de mi mamá, y no me dejaron, y tomé una rabieta... y me dieron una solfa... y se me hincharon los ojos de llorar... y quise envenenarme con un cigarro del estanco. ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!

Por fin, como todo llega en el mundo, llegó la hora de ponerme de largo. ¡Creí que nunca iba á llegar! Pero llegó ¡vaya si llegó! ¡y ojalá no hubiera llegado! Apenas me pusieron de falda larga, rompí á llorar de una manera espantosa, y se armó tal escándalo, que vinieron los hombres y avisaron al gobernador. Toda mi familia me rodeaba, llena de angustia, preguntándome: «¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes? ¿Estás enferma? ¡Habla! ¡Tranquilízate! Y al cabo, después de mucho gimoteo y de tener atrancados en la escalera al jefe de guardia y á toda la policía, dije con la mayor frescura: «¡Lo que tengo es que quiero ponerme otra vez el vestido corto! Creí que me iban á matar, porque lo merecía, pero no me mataron. Aunque mejor hubiera sido matarme, porque así no sería tan desgraciada como soy. Pasó aquello, como todo pasa en el mundo, y me acostumbre al vestido largo, pero ¡ay! ¡cuántas cavilaciones, cuántas penas, cuántos disgustos me ha traído este pícaro traje!

Porque es lo que digo yo, señores: mi papá va creciendo, mi mamá va creciendo, mis hermanos van creciendo, y yo también iré creciendo... y, naturalmente, llegará un día, un día en que será preciso pensar... (No se si me dará vergüenza decirlo) ¡Llegará un día en que podré pensar en casarme. ¡Vaya si llegará! Y entonces ¡Dios mío! ¡Entonces será más desgraciada que nunca! ¿Por qué? (dirán ustedes): ¿No se casan casi todas las mujeres? ¿No se casó tu mamá? ¿No se casó tu abuela?

¡Sí, señores, y me parece que yo también querré casarme. Pero aquí entra lo triste, lo que me desespera, lo que me indigna. ¿Qué oficio tendrá el marido que me toque en suerte? Supongamos que me toca un militar; no me gusta: porque cuando está usted más tranquila en su casa, ¡la ra ri! toca marcha de frente la corneta de órdenes y allá va el militar á docientas leguas de distancia. Y luego, á otra parte, y luego á otra, y así sucesivamente. En fin, toda la vida marcando el paso y con los bandos á cuostas. Bueno; pues supongamos que me toca un médico. Á las tres de la mañana ¡pan! ¡pan! Golpes á la puerta.

—¿Qué hay?

—Que vayan en seguida el doctor á casa del sastre Cucufate, porque su suegra se ha tragado inadvertidamente la vara de medir.

Y allá va el doctor, y cuando vuelve á descansar, ¡pum! ¡pum! Otro rodado, de la señora de Miquis, que se ha torcido una uña jugando á las cuatro esquinas. Y allá va el doctor. En fin, que no hay tranquilidad en la casa ni puede saberse nunca á qué hora come el señorito. Pues bueno: supongamos que me toca un empleado del gobierno que felizmente no rige. Todo el día se está en la oficina, aunque no haga nada en la oficina, que es lo que hacen todos. Y cuando vienen lo «perá zas!» lo trasladan á otro hemisferio; y cuando ya empieza á arreglar la casa, le dejan cesante. ¡Qué porvenir! Me toca en suerte un abogado? Pues ya estoy nerviosa, pensando en que tiene que vivir defendiendo causas injustas y diciendo en público lo contrario de lo que siente. A lo mejor viene muy satisfecho, diciendo: «¡Lo salvado á un hombre que estaba ya en la escalera del patibulo!»

—Pero ¿qué había hecho ese hombre?

—Nada: veintidós robos y tres asesinatos.

Si es un empleado del ferrocarril, ya se sabe: siempre está una temiendo el choque, el descarrilamiento, la vuelta del esposo con una pata de menos y veinte porrazos de más.

¡Horrible y perpetua incertidumbre! Pues supongamos que por un azar de la suerte me tocas un hombre aficionado á jugar. Si es trebolista, viene á su casa al amanecer, después de haber pagado quince puestas y siete codillos. Si es jugador de billar, se pasa el día y la noche empujando bolas y no se acuerda ni de que tiene mujer. Si juega al dominó, se despierta en la más dulce del sueño, gritando: «¡el seis doble!» y si le gusta *veritas venir*, á todas horas anda como un columpio, diciendo: «¡me columpio! ¡oy sí! ¡oy es babil!» ¡Al demonio los jugadores! Supongamos que me toca un agricultor. Este se pasa el día mirando al cielo, y diciendo unas veces «¡llueve, me caigo!» y otras «¡si no llueve, me hundo!» Está una pendiente de las nubes como al ahorcado de la soga. Si doy con un velocipedista, ¡válgame Dios! Por mañana y tarde hecho una oca en la bicicleta, buscando la manera de romperse algo. Nada de velocipedos! Si es un minero, puede que dure enterrado dentro de la mina. ¡Y no he de ir yo á desenerrarle! Si es arquitecto, maestro de obras ó cosa parecida, puede caerse en un edificio, un puente, ó un tablón. Si es carbonero, no le permiten ni que este una piedra de media arroba en un quintal de su mercadería y no marcha el negocio. Si comercia en frutos del país, vive pendiente de los cosecheros; si comercia en frutos extranjeros, vive pendiente de los aranceles. Y en ambos casos vive con el alma suspendida de la pluma del ministro de Hacienda. Total: no hay oficio que esté libre de quebrantos, sobresaltos y peligros. Y si me toca un esposo que no tenga oficio ¿qué demonios voy á comer? Y si me toca un hombre con muchísimo dinero ¿qué miedo á los ladrones! Siempre pensando en el robo, en el secuestro, en el asesinato!

Eso no es vivir. Y si después de tanto pensar no me sale nada, ¿marido qué voy á hacer yo? Pégame cuatro tiros para acabar de perderlo.

Pero aun puede existir una desgracia mucho mayor que todas las que tengo. ¿Cuál? Que se llavan aburridos ustedes escuchando mis tristezas.

Entonces si que tendré motivo para exclamar: ¡qué desgracia la mía!

MARGARITA



PEPITORIA

Hemos tenido el gusto de recibir el elegante número único de la revista *Paris*, destinado á dar á conocer el brillantísimo resultado que alcanzó el certamen de carteles anunciadores abierto por el señor don Manuel Malagrida, fabricante de los cigarrillos que llevan el nombre arriba dicho, en Buenos Aires.

Presentáronse á concurso 118 carteles, reproducidos todos ellos en la publicación referida y se concedieron siete premios y doce accesitos, mereciendo el Jurado los mayores elogios por el acierto que demostró en su difícil cometido.

Recomendamos la adquisición de *Paris* á los aficionados al arte del *affiche*, pues contiene realmente muy notables composiciones.

PENSAMIENTOS

La desgracia es un complemento esencial de la educación de las naciones.

Los contagios morales ó políticos se propagan más fácilmente de arriba para abajo.

NUEVO SIGLO

Tal es el título que lleva una nueva revista semanal ilustrada, destinada á popularizar así las ciencias y las letras como las artes y todo género de conocimientos útiles, pudiendo asegurarse que cumple al pie de la letra estos propósitos según los números que hemos podido examinar. Cuesta 15 céntimos y á pesar de lo económico del precio obsequiará á sus suscritores y compradores constantes con gran número de regalos, semestrales, ya en efectivo, ya en especies, coincidiendo con los números premiados de dos sorteos, respectivamente, de la Lotería Nacional.

Por su acertada confección y la feliz elección de los asuntos se ha hecho acreedor el novel periódico al brillante éxito alcanzado, pues se agotaron rápidamente sus dos primeros números.

Hay la virtud de no dar contra el vicio de pedir y contra los callos hay, por dicha, el LADIVONSIM.

EL QUE NO SE CONSUELA...

A los publicistas franceses que se lamentan de la alarmanete despoli-

ción que se observa en la vecina república responden los optimistas que no hay que alarmarse y que lo mismo ocurre en Alemania, puesto que en este país el número de nacimientos ha disminuido en un cuatro y medio por ciento durante el período de 1880 1890 (no dicen si ha ocurrido lo mismo en el de 1890-1900). Agregan que no es el número de habitantes, sino el valor individual de cada uno de ellos el que constituye la fuerza de un país; que un águila vale más que cien corrientes, y que los *boers* con ser tan pocos plantan cara victoriosamente á los ingleses, que son legión de legiones.

Ciertamente; pero no todos somos *boers*, y la despoblación es siempre un mal, aunque prediquen lo contrario frailes descalzos.

AMOROSA

Yo no sé porqué razón muchos han dado en decir que hay que *ver* para sentir tortura en el corazón.

Yo esa cronica desmiento: la práctica me ha enseñado que se *ve* el objeto amado sólo con el pensamiento.

Explicármelo no sé, para demostrar podría que se ama más todavía aquello que no se ve.

RAFAEL F. Y ESTEBAN

LA PROTUBERANCIA DE LAS MATEMÁTICAS

Según el sabio Mobius, profesor de Leipzick la señal de tener disposición para las matemáticas consiste en un desarrollo extraordinariamente acentuado del ángulo superior de la órbita, especialmente en el lado izquierdo, y cerca por consiguiente del centro del lenguaje articulado.

Muchos son los que han atacado esta afirmación, alegando que la protuberancia del cálculo no es la característica principal del matemático, y no hay duda que eso puede ser verdad, pues hay grandes calculistas, como Inaudi, que no son matemáticos, y vice-versa.

EL AIRE ATMOSFÉRICO

A la inesperada revelación de que el aire no se componía solamente de oxígeno y azoe sino que encerraba una gran cantidad de *argón* hay que añadir ahora que según M. Armado Gautier, contiene constantemente hidrógeno libre en la proporción de 200 centímetros cúbicos por metro

cúbico. Este gas, así como otros, procede de las erupciones volcánicas.

CHARADA

Preposición es la *prima* empleada de continuo; *dos tres*, conjunto de voces que cantan en los oficios; *cuarta*, monaca que tiene, salvo el chino, más dominos. *Total* dice ó significa el colocar á un chiquillo, por afrenta, cierto emblema para enmienda y correctivo.

JEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Roca.

Frases hechas.—Tener á un montón en las narices.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. E. G.—Toledo.—La poesia queda desde luego aceptada, porque es buena, pero no puedo asegurarle que se publique pronto á causa del considerable número de original que espera turno.

E. B. F.—Sueca.—Todo está al pelo.

R. D.—Sueca.—Lo mismo tengo el gusto de decirle.

I. P.—Zúñiga.—El artículo está perfectamente escrito, pero resultará poco interesante para la generalidad, pues en suma, se trata de un análisis de *reflexos de la vida*.

F. G. N.—Barcelona.—Triste realidad es un trabajo, en honor á la verdad, muy sentido, pero no es propio para este periódico. Los versos no valen tanto.

A. S.—Madrid.—Bonitos versos; los publicaré, pero no puedo precisar en que fecha por la tan repetida cuanto verídica razón del exceso de original.

Frits.—Madrid.—¿Y á mí qué? Que lo haga á usted buen provecho, y recados á Max Filips y demás familia.

A. F.—Valencia.—Perfectamente.

ENCUADROS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSCRÍBENSE U NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

IMPRESIONAMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 66.—BARCELONA

